

## RECORDANDO A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Rafael Esténger

Me unió siempre, desde la ya remota adolescencia, una estrecha amistad con los hijos del doctor Francisco Henríquez y Carvajal. Residía *Don Pancho* —el médico de los pobres, como allá le llamaba cariñosamente un pueblo agradecido— en mi patria chica, en la ciudad de Santiago de Cuba, donde Max ejercía indisputable magisterio artístico y literario. Durante las tertulias vespertinas en la redacción de *El Cubano Libre*, con esa valoración impertinente que no concibe el elogio sin establecer primacías de un escritor sobre otro, cierta vez un improvisado crítico llegó a decir que la prosa de Max superaba a la de su hermano Pedro. Con fraternal orgullo, Max protestó rotundamente: “¡Oh, no! Pedro es la gloria de la familia”.

Y yo, que era sólo un estudiante de Bachillerato con ingenuas arrogancias de poeta, comencé a interesarme por aquella gloria de la que sólo tenía parquísimas noticias. No tardé en adquirir uno de los primeros ejemplares de *Horas de Estudio* que llegaron a la única librería santiaguera y releí muchas veces con entusiasmo el primoroso libro. Desde entonces sentí el deseo de platicar alguna vez con el autor que planteaba tan sabiamente muchos problemas estéticos que me obsedían.

Pero el hombre proyecta y los azares de la vida resuelven. Tardé muchos años en conocer personalmente a Pedro Henríquez Ureña. A veces su hermano Max solía leerme fragmentos de las cartas en que Pedro le congratulaba u objetaba sus conferencias. El auditorio había premiado con ovaciones los intermedios tribunicios y la alerta inconformidad de Pedro apuntaba precisamente contra aquellos períodos deslumbrantes.

La última vez que Pedro estuvo en La Habana —más o menos a principios de 1941— tuve la suerte de ser su visita casi diaria, en compañía del escritor Juan Bosch, a la sazón conspirador y exiliado que maniobraba por derribar al Presidente Trujillo. Ninguna de aquellas charlas recuerdo, sin embargo, en que bordeáramos quisicosas políticas. Nos solíamos reunir en una amplia terraza frente al mar, que pertenecía a la residencia de los hermanos Prío Socarrás, donde también vivía el doctor Enrique Cotubanamá Henríquez y su esposa “Yeyé” Prío Socarrás. En las pláticas, desde luego, siempre intervenía *Cotú*, hermano consanguíneo de Pedro y autor de interesantes obras médico—jurídicas.

La primera noche que nos reunimos, como si formulara una premisa esencial para autodefinirse, nos dijo Pedro vocalizando lentamente cada sílaba: “He llegado a la conclusión de que yo debo escribir con el menor número posible de palabras”.

Y ya por entonces me resultaba archisabida la tenacidad con que él siempre combatió el verbalismo, un mal endémico de las letras tropicales; pero le quise provocar una explicación más concreta, fingiéndome adrede un mal entendedor. “Usted entonces”, respondí, “desdeña el método de los mayores prosistas de Hispanoamérica: Montalvo, como Rodó y Martí, fueron hombres de verba caudalosa. No se distinguieron por la economía del vocabulario, aunque Martí solía interpolar sentencias aforísticas entre suntuosa frondosidad de imágenes y metáforas”.

Antes de que yo terminara mi suposición deliberadamente errónea, Pedro movía la cabeza y las manos para adelantar la respuesta negativa; pero sin decidirse a interrumpir mi vaniloquio, por sus hábitos corteses. Y al fin argumentó: “No; yo no digo eso. Fíjese exactamente en mis palabras. Estimo que yo —y puso su énfasis en el pronombre—, yo debo esforzarme por utilizar el menor número de palabras. El estilo de cada escritor ha de corresponder a su temperamento y circunstancia”.

Cualquier lector que haya seguido cronológicamente la obra de Pedro Henríquez Ureña podrá advertir la gradual evolución hacia una prosa cada vez más sobria, más directa y precisa. En su libro primigenio, *Ensayos críticos*, publicado en 1905, no escasean períodos donde priva una discreta inclinación barroca, como al describir la poesía de Gabriel D’Annunzio, “una alta selva mitológica, tan espesa y antigua que más que griega parece indostánica”, y tampoco faltan en las depuradísimas *Horas de Estudio*; pero a medida que transcurren los años van desapareciendo las volutas, los adornos, los regodeos verbales, y su palabra se hace cada vez más nítida y sobria, hasta cristalizar como un diamante. Por ejemplo: cuando sintetiza los amplios tópicos que contienen los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

Aunque había ido Pedro Henríquez Ureña a descansar unos días en La Habana, junto a los hermanos que allí estaban, dictó una conferencia en el *Lyceum Tennis Club* del Vedado, sociedad que los avatares transformaron en cabal centro de cultura, a pesar de su nombre frívolamente deportivo. Allí disertó sobre las ideas estéticas de Platón, estableciendo la radical diferencia que los griegos veían entre *Poiésis* y *Tekhné*, hasta el punto de que jamás emplearían la expresión latina de arte poética, que supone confusión o equivalencia entre la técnica, el arte, la *tekhné*, y el soplo o hálito divino que para los griegos constituyó el misterio de la verdadera poesía.

Después giró nuestra charla sobre la discutible posibilidad de la creación poética sin emplear metros ni rimas. Es decir: la *Poiésis* sin ningún apoyo técnico determinado.

Tuve entonces la evidencia de que Pedro Henríquez Ureña, tanto o más que por su obra escrita, influía en los círculos intelectuales por la magia contagiosa de su trato, como a nuestro juicio debe ser la máxima y genuina calidad del maestro. La tesis de aquella conferencia fue tópico muchos días entre los poetas jóvenes que acudieron al *Lyceum*. De ahí que me parece muy justa la apreciación del profesor Octavio Corvalán, en su obra *Modernismo y Vanguardismo*, cuando subraya la condición magistral, socrática, de Pedro Henríquez Ureña. En resumen dice Corvalán: "La obra de Henríquez Ureña se realizó a través de la cátedra y el ejemplo más que por escrito", aunque "tenemos en él a uno de los prosistas mejores en la literatura ensayística de nuestro tiempo". No debe sorprender la abundancia de investigadores y críticos de nuestra época que se proclaman orgullosamente sus discípulos, como Enrique Anderson Imbert, Emilio Carilla y Ernesto Sábato, para sólo citar unos pocos ejemplos argentinos.

Según apuntó certeramente Ernesto Sábato, vivía Pedro Henríquez Ureña "dolido de nuestro repentismo, nuestra superficialidad y nuestra división", soñador de una Patria libre, trabajadora, técnicamente apta, sin miserias ni injusticias; pero que no incurría en el mismo error de los Estados Unidos, que pone "los valores materiales por sobre los espirituales". Comprendió Pedro Henríquez Ureña que su deber para coadyuvar a la realización del noble sueño no estaba en las arengas ni en las barricadas, sino en la tarea de enseñar, de preparar hombres, de sembrar ideas. Y por eso algunos tópicos, como el repudio a la improvisación chabacana y al verbalismo hueco, le llegaban a obseder como una pesadilla.

Volviendo una noche al tema de la parquedad y la precisión en el lenguaje, me preguntó la causa de que en los periódicos y revistas que había leído durante su permanencia en Cuba, a pesar de que teníamos el ejemplo magistral de Enrique

José Varona, la mayor parte de los escritores se caracterizaban por un estilo intrincado, excesivamente barroco y con frecuencia obscuro. “¿Cómo es eso?”, insistió. “Deberían aprender de Varona, el modelo que tienen más cerca, paradigma de claridad y sencillez”. Y me citó algunos nombres de periodistas y tribunos parlamentarios que invadían las letras de molde.

Hubo una breve pausa. Vacilé antes de responder, para medir la indiscreción de mi franqueza, y terminé diciéndole: “Mire, don Pedro, no se trata de que ignoren a Varona ni de que carezcan de preparación literaria. La condición esencial para escribir a la usanza de Varona es la de ser un hombre honrado. Y los que usted me cita son unos pícaros. Los pícaros no pueden hablar ni escribir con precisión ni transparencia. Por efectos de la propia astucia, su lenguaje natural es siempre anfibológico y contradictorio. En vez de imitar a Varona, prefieren tomar ejemplo de Cantinflas”.

Pedro reflexionó un momento y concluyó riendo de buena gana. “Es posible que no haya otra razón”, me dijo, y habló brevemente de la sanidad moral que se requiere para escribir sin ambigüedad ni circunloquio, pues suele ocurrir que cada expresión concreta pueda representar después un compromiso, o tal vez un riesgo.

Pocos meses más tarde llegó su hermano Max a La Habana. Supo de mis tertulias con Pedro y me dijo en la confianza amistosa que entre nosotros había: “Con toda sinceridad, ¿qué te ha parecido Pedro de cerca, en la conversación, en el trato?” Yo empecé por trazar una caricatura, para sorprender a mi viejo amigo. “Me pareció un libro que habla”; pero aclaré inmediatamente: “Más justo sería definirlo como un hombre que siempre está pensando cosas de enjundia: plantea cuestiones importantes, discute puntos de vista, interroga y escucha, sin que jamás se detenga en tópicos baladés, como hace el común de la gente”.

Y Max me explicó entonces que su hermano nunca se resignaba a dialogar con quien le hiciese perder el tiempo apartándolo de sus estudios y propósitos. Hoy pienso que sólo así pudo acumular la inmensa solidez y variedad de su cultura.